

La calle para el jueves tres de febrero de 2011  
Diario de un espectador  
El atentado de Fons y Uribe  
Miguel ángel granados chapa

Ayer nos divertimos —supongo que ustedes también— con el relato de la borrachera que se fabricó literalmente a pulso —por eso de empinar el codo a cada vaso— Vicente Leñero, durante la comida en que conoció a Álvaro Uribe. Leamos hoy el preámbulo de la fiesta. Es la parte inicial de la columna escrita por Leñero con el título *Un brindis para Álvaro Uribe*, aparecida en la Revista de la Universidad de México:

“Al salir de una asamblea de la academia de cine, Jorge Fons me entregó un libro publicado por Tusquets: *Expediente del atentado*, de Álvaro Uribe. Fons estaba entusiasmado con la novela. Quería hacer una película.

Mucho había oído hablar de Álvaro Uribe —homónimo, para su desgracia, del nefasto ex presidente colombiano— aunque por dejadez o distraimiento no había leído aún sus novelas. Lo hice, de una sentada, con la que me regaló Fons. Tanto que de un solo impulso fui a la librería Rosario Castellanos del Fondo de Cultura Económica y adquirí sus tres novelas anteriores: *Por su nombre*, *El taller del tiempo* y *La lotería de san Jorge*. Había descubierto de golpe a un extraordinario constructor de estructuras narrativas, a un hábil tejedor de historias, a un exquisito cultivador del estilo como lo son —admirables prosistas— Fernando del Paso, Gonzalo Celorio, Fabio Morabito.

Mi entusiasmo no me llevó a tanto como para buscar a Álvaro Uribe, frenado por aquel añoso prejuicio de que ‘es mejor leer a los buenos autores que conocerlos personalmente’, hasta que un amigo de ambos, Gerardo Villadelángel —responsable del ambicioso proyecto de *El libro rojo*— nos puso frente a frente en el Koczka, un restaurante polaco en la avenida Mazatlán.

Uribe resultó tan magnífica persona como escritor. Su sencillez sin telarañas, su cordialidad exenta de esa sutil o abierta pedantería de quienes se saben talentosos, gobernó nuestra prolongada charla. Con una cerveza como apetitivo que abrió camino a las botellas de Concha y Toro, el tinto chileno elegido por el sibarita Uribe, comimos sin recato compartiendo anécdotas picantes sobre personas y sucesos de nuestro ambiente cultural. De las tres de la tarde a la diez y pico de la noche, chismeamos más que bebimos. No. Rectifico: bebimos más que chismeamos, porque entre los tres se vaciaron, así de fácil, siete botellas del Concha y Toro”.

A partir de allí comienza la chusca narración de cómo Leñero salió completamente beodo del restaurante, manejó en estado de ebriedad hasta que un taxista lo advirtió del peligro que corría al hacerlo y Leñero convenció a un patrullero que condujera su coche para llevarlo a casa. Al

concluir el extraño viaje, apareció en escena Jesús Ochoa, el vecino-yerno del escritor. La historia tuvo un final feliz, en cuya última escena Ochoa firma autógrafos al patrullero y al taxista.

Es que lo reconocieron. Ochoa es el simpático y buenísimo actor que figura en teatro, cine y televisión con alguna frecuencia sin chotearse, sin permitirse aceptar obras para salir del paso, para no pasar temporadas desempleado, como no es infrecuente que ocurra. Ignorábamos que los ligaba un parentesco, que en lenguaje común se llama político (el escritor es el padre político del actor), y que en derecho civil se llama por afinidad, lo que probablemente es muy exacto en este caso, a diferencia de lo que ocurre las más de las veces. Aunque no nos competa hacerlo, felicitamos a todos.